







COALICIONES POLÍTICAS

La Argentina en perspectiva

A



TORCUATO DI TELLA



**COALICIONES
POLÍTICAS**

La Argentina en perspectiva

 *Editorial El Ateneo*

Di Tella, Torcuato

Coaliciones políticas : la Argentina en perspectiva . - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires. : El Ateneo, 2015.

352 p. ; 23x16 cm.

ISBN 978-950-02-0874-1

1. Historia Argentina.

CDD 982

Coaliciones políticas. La Argentina en perspectiva

© Torcuato Di Tella, 2015

Derechos exclusivos de edición en castellano para todo el mundo

© Grupo ILHSA S.A. para su sello Editorial El Ateneo, 2015

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel.: (54 11) 4983 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

Diseño de tapa e interiores: Claudia Solari

1ª edición: mayo de 2015

ISBN 978-950-02-0874-1

Impreso en El Ateneo Grupo Impresor S. A.,

Comandante Spurr 631, Avellaneda,

provincia de Buenos Aires,

en mayo de 2015.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

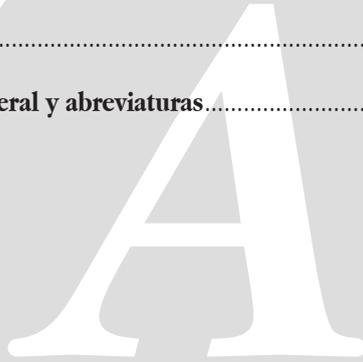
Índice

Introducción. Peculiaridades del sistema político argentino.	11
Derechas e izquierdas	18
El abuso del concepto de populismo	21
El sistema clásico en sus variantes europea, estadounidense, chilena y uruguaya.....	29
La peculiaridad argentina	34
Capítulo 1. Los movimientos nacional-populares.	
Raíces históricas	39
Las primeras grandes rebeliones en la historia de América latina y el Caribe.....	42
La resistencia española contra Napoleón, 1808-1814	48
La Insurgencia mexicana (1810-1815) y la movilización social de la población indígena.....	51
El cesarismo popular de Agustín de Iturbide y sus extrañas alianzas.....	54
Luis Napoleón y la interpretación de Marx sobre el “bonapartismo”.....	59
Una aclaración de conceptos	69
Capítulo 2. El federalismo rioplatense y el cesarismo popular de Rosas	71
El federalismo y sus diversos significados en cada contexto histórico	71

La estructura social rural argentina	75
Los Llanos y Facundo Quiroga	92
El temor de las clases dominantes latinoamericanas a la insurrección popular	97
El cesarismo popular de Rosas: alianza y ruptura con el dorreguismo	100
Capítulo 3. Los dos grandes ausentes. Una derecha liberal y una izquierda socialdemócrata. El contraste con Chile..	105
Orígenes del sistema partidario en Chile.....	107
Mutación en las clases medias chilenas: militarismo anticonservador y socialismo	123
Facciones y partidos en la Argentina del siglo XIX: raíces del sistema posterior.....	126
La frustrada bipolaridad liberal-conservadora “a la chilena”: la debilidad de Bartolomé Mitre ante Julio A. Roca	131
Capítulo 4. El Brasil en perspectiva argentina: ¿por qué el varguismo desapareció y el peronismo sigue activo?.....	145
Perón y Vargas, vidas paralelas	158
Lula, o el estrecho camino de la socialdemocracia.....	170
¿Vamos hacia una bipolaridad política en la Argentina?.....	177
Capítulo 5. El socialismo en la Argentina: su trayectoria.....	179
La repercusión latinoamericana de las ideas del nuevo siglo	186
El desarrollo capitalista y la fracasada integración política de los inmigrantes	192
El uso de las oportunidades arrancadas a la democracia burguesa	199
La organización autónoma de la clase obrera y el rol de los sindicatos	201
La organización en condiciones de “frontera” y la actitud ante la violencia	208

El desencuentro entre el Partido Socialista y “lo nacional”: ¿podría haberse evitado?	215
Capítulo 6. La adaptación del socialismo al espacio-tiempo americano	219
Bases de la teoría política nacional-popular: la versión de Haya de la Torre	221
El modelo mexicano de partido de integración policlasista	238
Los “socialismos del siglo XXI” y la evolución posible de los del siglo XX	244
Capítulo 7. ¿Por qué en los Estados Unidos no hay un partido socialdemócrata?	247
Los varios sistemas políticos norteamericanos: un pantallazo histórico	252
Tensiones sociales en el actual sistema político: ¿hacia una sexta etapa?	258
Las cambiantes actitudes del sindicalismo	259
Capítulo 8. ¿Por qué la Argentina no es como Canadá?	267
Diferencias en la integración de los inmigrantes al sistema político en la Argentina y Canadá	273
Las etapas del desarrollo económico y la cuestión del proteccionismo	282
Y el peronismo, ¿dónde está?	290
Capítulo 9. Crisis y transformación de las experiencias socialistas	295
El panorama que enfrentan las experiencias social-revolucionarias o comunistas	296
Los heterogéneos inicios de la socialdemocracia	301
La organización interna del laborismo británico	305
Los pasos adelante y atrás de los partidos y gobiernos socialdemócratas	308

Capítulo 10. Coaliciones políticas: teoría y práctica.....	317
La teoría de la coalición mínima ganadora	318
Los pesos políticos de los actores; peso de organización y peso de movilización.....	322
La formación de coaliciones: afinidades	
y antagonismos, fusiones y frentes.....	326
Los mecanismos de formación de coaliciones: fusiones y frentes.....	329
Los actores prescindentes y los frentes potenciales	333
Coaliciones que incluyen actores antagónicos entre sí: casos históricos.....	335
Epílogo	339
Bibliografía general y abreviaturas.....	347



Introducción

Peculiaridades del sistema político argentino

Cuando uno sale del país y empieza a hablar de política, lo más común es escuchar decir que al sistema político de la Argentina no se lo entiende. A lo que enseguida se añade: “Al peronismo no se lo entiende”. En esto coinciden con los propios peronistas, aunque estos en realidad lo saben, o al menos lo sienten, y si dicen que tampoco ellos lo entienden, es para no verse obligados a explicarlo. Además, cada uno tiene su propia interpretación, lo cual es lógico en un partido de masas, que ha combinado en su formación elementos muy diversos.

A mis interlocutores en el exterior nunca les he oído decir que al sistema político estadounidense no se lo entiende. Y no se preguntan cómo es que en los tiempos de Roosevelt, el gran transformador de la sociedad norteamericana, su partido, el Demócrata, incluía a los progresistas, sindicalistas e intelectuales del norte junto a los elementos más reaccionarios del sur, que manejaban un verdadero terrorismo de Estado contra los afroamericanos. ¿Será que si es *made in USA* debe ser perfectamente lógico y comprensible? Si uno no sabe que hubo una extendida esclavitud y una brutal guerra civil en los Estados Unidos, claro que no lo va a comprender. Y

tampoco comprenderá al sistema político argentino ni al peronismo si no conoce a fondo la historia, no solo de nuestro país, sino la del resto de América latina. También ayuda el conocer la de otras partes del mundo.

A eso me dedico hace años; casi no hago otra cosa desde que inicié mis estudios de sociología en la Universidad de Columbia, en Nueva York, en 1952, cuando le dije a mi *advisor*, Seymour Martin Lipset, que lo que quería hacer era entender al peronismo. Yo era un fuerte opositor en esa época, e ignorante por completo de la historia latinoamericana. Con el tiempo, experimentando los desastres realizados por el antiperonismo, conociendo más casos comparativos, viviendo en algunos países del área y conversando con dirigentes políticos e intelectuales de esos países, empecé a simpatizar con este movimiento popular, diciéndome: “Bueno, tiene bastantes manchas, pero ¿quién no las tiene? Además, es lo que hay”. No llegué a afiliarme, pero sí, más tarde, a trabajar para un gobierno de esa orientación, aunque fuertemente evolucionado.

Algo de este tipo ocurre, por otra parte, con casi cualquier otro fenómeno político mundial. El elenco es largo. El Partido Demócrata de los Estados Unidos desde el fin de los años sesenta se limpió de los reaccionarios del sur, cuyos crímenes Roosevelt tuvo que tolerar, porque de lo contrario no hubiera podido realizar las transformaciones necesarias para hacer más tolerable la vida en ese país.¹ El PRI mexicano,

1. I. Katznelson (2013), *Fear Itself: The New Deal and the Origins of Our Time*.

heredero de la Revolución de 1910, después de setenta años de conducir un proceso de desarrollo económico y cultural bastante exitoso, aunque cometiendo muchos abusos, decidió reformarse o quizás se vio obligado a hacerlo. El precio fue perder una elección en 2000, para volver con una nueva cara pero los mismos ideales en 2012. Los neofascistas del Movimento Sociale Italiano se han convertido en un presentable partido de derecha tirando al centro, capaz hasta de ser aceptado en alguna eventual alianza por la izquierda moderada. Los comunistas chinos y los vietnamitas adoptaron el capitalismo y los de Europa oriental finalmente se volvieron socialdemócratas. Entonces, ¿por qué no puede experimentar transformaciones de semejante envergadura el peronismo?

Este libro es un intento de responder a estas preguntas. En realidad, todos mis trabajos anteriores apuntan, directa o indirectamente, en esa dirección. Ahora hago una revisión. Pero, para entender la actualidad y el inmediato futuro, hay que conocer las experiencias del pasado y los proyectos políticos que han proliferado entre nosotros. Este “nosotros” cruza, por supuesto, las fronteras del país.

O sea, amable lector, que si lo que le interesa es solo algo sobre la Argentina, en el “aquí y ahora”, lamento decirle que es necesario antes dar unas cuantas vueltas por otros países y épocas y encarar un poco de teoría política, especialmente la que se nutre del estudio de experiencias comparativas que abarcan un espectro bastante amplio. Pero no se asuste, lo que hay de teoría en este libro está planteado en castellano corriente, escrito

para que se entienda y en interacción continua con los datos empíricos, actuales e históricos.

¿Pero qué es lo que hay de “peculiar” en el sistema político y partidario argentino? Cuando se lo considera peculiar es porque se lo compara con otra cosa, que sería más normal o más corriente. Comparar es bueno, es parte esencial de la comprensión de un objeto de estudio. ¿Pero comparar con qué?²

Ante esta pregunta hay dos tipos de respuestas. Una, la que ha sido más corriente dada nuestra formación cultural de país de la periferia, es ver en qué nos diferenciamos de lo que ocurre en las partes más desarrolladas, ricas y educadas del planeta, esperando que con el tiempo nos acerquemos a ellas también en lo político.

2. Véase, para un elenco de alternativas, M. Alcántara Sáez (1990), *Sistemas políticos de América latina*; O. De Lima Jr., comp. (1997), *O Sistema Partidário Brasileiro*; M. Aylwin et al. (2000), *Chile en el siglo xx*; C. Aguiar (1984), *Partidos y elecciones*; J. Pível Devoto (1994), *Historia de los partidos políticos en el Uruguay*; A. Álvarez, comp. (1997), *El Sistema Político Venezolano: Crisis y Transformaciones*; J. Godio (1985), *El movimiento obrero venezolano, 1965-1980*; A. Serbin (1997), *El ocaso de las islas: el Gran Caribe frente a los desafíos globales y regionales*; W. Lozano, comp. (1998), *Cambio político en el Caribe. Escenarios de la Posguerra Fría: Cuba, Haití y República Dominicana*; M. Carmagnani, comp. (1993), *Federalismos latinoamericanos: Argentina, Brasil, México*; T. Halperin Donghi (1992), *Historia contemporánea de América latina*; T. Di Tella (2013), *Historia de los partidos políticos en América latina*; A. Lijphart (1994), *Electoral Systems and Party Systems*; S. M. Lipset y S. Rokkan, comps. (1967), *Party Systems and Voter Alignment*; R. J. Johnston (1990), “Lipset and Rokkan Revisited: Electoral Cleavages, Electoral Geography and Electoral Strategy in Great Britain”; S. Mainwaring (1999), *Rethinking Party Systems in the Third Wave of Democratization. The Case of Brazil*.

La otra respuesta, polarmente opuesta a la primera, es considerar que lo nuestro (argentino o latinoamericano) no tiene por qué parecerse a nada, es un modelo propio, un camino que no tiene necesidad de conducir hacia otras realidades distintas, o mejores que la nuestra y que podrá tener en un futuro una evolución también propia.

La verdad, cuándo no, debe estar en algún lugar intermedio. Yo me he formado más bien en la primera de estas alternativas, la que considera que con el tiempo nos pareceremos a los países más evolucionados, o sea los europeos modernos, con sus retoños transoceánicos, pero sin automatismos. Además, ¿a qué modelo “europeo moderno” estaríamos destinados a acercarnos? ¿Al actual, de democracia plutocrática neoliberal? ¿Al de la posguerra, con un Estado de bienestar y un fuerte intervencionismo gubernamental? ¿O al del fascismo y el comunismo soviético? ¿O al del colonialismo, la esclavitud y las guerras mundiales (cincuenta millones de muertos en el lapso de treinta años)? Por eso, ante interlocutores del Primer Mundo, cuando se tercia, les digo ¡gracias a Dios que no hemos recorrido el proceso histórico europeo! Los cincuenta millones y los que vivieron en la esclavitud, si resucitaran, nos gritarían: “¡No, por favor, busquen otro camino!”.

De todos modos, no se puede negar que el modelo asentado en Europa tras la segunda posguerra, con sus oscilaciones y sus raíces históricas, es muy atractivo. Yo desearía que la Argentina llegara a ese tipo de sociedad y creo que la mayoría de nuestros conciudadanos estaría de acuerdo. El problema es cómo alcanzar ese obje-

tivo, esquivando algunas de sus etapas anteriores que, desde ya, no podríamos reproducir aunque quisiéramos. El peligro es quedar deslumbrados por los encantos del modelo ideal y querer copiar sus características, ignorando que para pasar de un estadio cualquiera de sociedad a otro hay que tener creatividad en imaginar y aplicar instituciones y prácticas adecuadas a nuestro medio. Ya hace muchos años Alberdi decía que la más segura manera de fracasar en conseguir un tipo deseado de sociedad es querer establecer sus reglas desde ya, sin tomar en cuenta las adecuaciones necesarias. En su polémica con Sarmiento, en las *Cartas quillotanas* (Chile, 1853), Alberdi criticaba a los primeros constructores de las instituciones libres, en la época de Rivadavia, por no haber intentado “establecer un gobierno que tuviera algo de asiático como el suelo de su aplicación y en que las reglas del gobierno representativo inglés o norteamericano cediesen de su rigor a las peculiaridades de ese suelo y de esa sociedad”.³

El que trató de hacer esas adecuaciones, ya no asiáticas sino inglesas, fue Bolívar, en su proyecto de Constitución para la república que iba a llevar su nombre, donde proponía un Ejecutivo vitalicio, con la atribución al presidente de nombrar a su vicepresidente, que le sucedería, un Senado vitalicio y here-

3. Usando un esquema evolucionista algo simple, decía que cada país tenía que pasar por etapas monárquicas, despóticas, aristocráticas, y finalmente democráticas. Pero no tenía suficientemente en cuenta que la Argentina, bajo Rosas, estaba pasando según él al mismo tiempo por un esquema “despótico” y uno “democrático”, dado el apoyo popular al gobernante.

ditario y una Cámara de Diputados de elección más abierta, ampliable con el tiempo. Todo muy parecido al sistema británico de la época, sustituyendo al monarca por el presidente vitalicio.⁴ Es obvia la inspiración en los textos aristotélicos, acerca de la *politeia* (combinación de monarquía, aristocracia y democracia) y en el gobierno mixto de Montesquieu, que no se basa solo en la división entre los tres poderes clásicos, sino en el más profundo y sociológico equilibrio entre un ejecutivo fuerte (el monarca), una clase poseedora (la Cámara de los Lores) y una representación más o menos popular (los Comunes).⁵

Alberdi tenía gran confianza en la operación de las fuerzas económicas, cuyo desarrollo, inevitablemente, se transformaría también en adelanto institucional y político. Era bastante lógico pensar que el progreso económico y cultural crearía condiciones adecuadas para establecer una sociedad más justa. Pero el proceso no podía ser automático, exigiría una lucha para asegurarlo. Y esta lucha tendría características propias en los países de la periferia. De manera que aunque uno desee, o pronostique, un resultado final parecido al predominante en los países del centro en alguna etapa de su evolución, hay que estar dispuesto a recorrer un camino propio. Y, en primer lugar, darse cuenta de

4. S. Bolívar (1976), “Contestación de un americano meridional a un caballero de esta isla (“Carta de Jamaica)””, en *Doctrina del Libertador*; y su “Discurso ante el Congreso de Angostura, 15 de febrero de 1819” (1982), en *Escritos fundamentales*.

5. Véase en *El espíritu de las leyes* el famoso capítulo sobre la Constitución de Inglaterra (libro II, cap. 6).

que va a ser necesario un sistema político y partidario congruente con nuestro medio. El no haber comprendido esto ha sido uno de los errores graves de las elites ilustradas y de izquierda de nuestra región, que no han comprendido que un movimiento nacional-popular (o “populista”) puede ser una etapa necesaria para llegar luego a un modelo más avanzado.⁶ Proceso que, claro está, no puede ser simple ni exento de tensiones.

Derechas e izquierdas

Los conceptos de derecha e izquierda deben analizarse en dos niveles: el de la ideología y el de las clases sociales en que las ideas se apoyan. Básicamente, la derecha representa la forma de pensar y sentir de los responsables de dirigir la producción, y la izquierda expresa los puntos de vista de los trabajadores y de quienes se preocupan por la justicia social. Como se deduce de esta definición, ambas actitudes son necesarias y quizás por eso es tan sistemática en tantos países la existencia de estos dos polos. Claro que hay un revés de la trama. La derecha defiende también los privilegios de las clases altas y medias, aunque ella contesta que esos privilegios son necesarios para asegurar el rol de quienes dirigen la producción. Y en la izquierda el revés de la trama es la defensa de intereses sectoriales, “corporativos”, pero

6. Prefiero usar el concepto de “movimiento nacional-popular” en vez del de “populismo”, que ha sido desnaturalizado y hay muchos que se lo aplican a cualquier cosa, como en Italia a Berlusconi, cuyo partido es lo opuesto a los “populismos” latinoamericanos.

también ahí se los puede justificar argumentando que esas estructuras profesionales, o de acción de protesta, desde los sindicatos a los piqueteros, son necesarias para la defensa de la justicia social.⁷

Aun donde el electorado se divide casi igualmente entre centroderecha y centroizquierda, los grupos organizados que le dan fuerza a cada sector son mucho más reducidos. Por un lado están los grandes empresarios, productivos y mediáticos, con sus asociaciones representativas, que en su mayoría tienen posiciones de centroderecha. En el otro extremo están los intelectuales progresistas y los dirigentes y activistas sindicales, que adoptan posiciones de centroizquierda o populistas. Y en el medio, una masa de clase media y de sectores populares no sindicalizados, en total quizás un 70% de la población, que se ven atraídos de manera oscilante por ambos núcleos clasistas organizados e ideológicamente más definidos.

Debo aclarar que me baso en la suposición de que el desarrollo económico, social y cultural de la Argentina (y de otros países de la región) generará una bipolaridad derecha-izquierda, que se transformará en el principal frente de lucha política en la Argentina. Esto hace tiempo que lo vengo sosteniendo, aunque no pretendo tener derecho de propiedad sobre esa idea. Esto nos llevaría a un tipo de sociedad y por lo tanto de sistema partidario, parecido a los que han predominado en Europa en los primeros famosos treinta años de

7. N. Bobbio (2004), *Derecha e izquierda*; N. Poulantzas (1997), *Las clases sociales en el capitalismo actual*.

la segunda posguerra (1945-1975). Estos sistemas, sin embargo, no han sido todos iguales y además han tenido últimamente un brote de derecha radical con cierta apelación popular, que complica el panorama (Le Pen en Francia, Haider en Austria, Bossi y su Lega Nord en Italia y varios otros hasta en los países escandinavos y en Gran Bretaña).⁸

El presidente Néstor Kirchner dijo en repetidas ocasiones que también él desearía una evolución de este tipo. Y más recientemente el jefe de Gabinete Jorge Capitanich se ha hecho eco de ese esquema, aunque con una variante: el peronismo kirchnerista estaría en el centro. Yo pienso que más bien el peronismo “K” ocupa el lugar de la izquierda real, vecina pero no idéntica a la izquierda ideológica. El centro está electoralmente bastante despoblado, a pesar de que tanto en nuestro país como en muchos otros la gran mayoría de la población se definiría de centro. Pero, cosa extraña, en los países más desarrollados la tendencia es cada vez más a no votar por partidos centristas, sino a dividirse entre una centroizquierda y una centroderecha. En la Argentina, si el centro está despoblado, la derecha es electoralmente un desierto. De ahí la característica “peculiar” a la que hacíamos referencia en el título de esta introducción. Y por el lado de la izquierda real, el lugar está ya ocupado por el movimiento nacional-popular peronista, dejando poco espacio para una izquierda

8. Véase C. Benucci (2006), *Dal rosso al nero? I mutamenti di voto della banlieue parigina*; C. Mudde (2007), *Populist Radical Right Parties in Europe*; S. Bornschieer (2012), “Why a Right-Wing Populist Party Emerged in France but not in Germany?”.

más ideológicamente definida como socialista o, si se quiere, socialdemócrata.

El abuso del concepto de populismo

Hay quien piensa que el concepto de populismo puede aplicarse a los fenómenos más insólitos, siempre que hagan apelación a sentimientos populares (o más o menos populares) desde un Reagan, una Thatcher o un Berlusconi, hasta la derecha radical a la que hemos hecho referencia. Y para algunos es simplemente sinónimo de mal gobierno o de no saber hacer las cuentas para equilibrar entradas y salidas.⁹ Un caso extremo es el que han usado los laboristas británicos, que acusan al dirigente conservador David Cameron de ser “populista” por haber propuesto que la gente enviara sus propias ideas a la Cámara de los Comunes y que si más de 100.000 ciudadanos hubieran propuesto una cierta medida legislativa, el Parlamento debería considerarla de manera prioritaria. Y, en un artículo de la revista teórica de izquierda *Italianieuropei*, Ilvo Diamanti ha listado diez sentidos diversos en los que la palabra se usa. Simplificando, se trataría de exaltación del dirigente, que debe ser considerado “único”, dando prioridad al ejecutivismo, servirse de los medios masivos, utilizando un lenguaje popular con elementos de entretenimien-

9. R. Dornbusch y S. Edwards, comps. (1992), *La macroeconomía del populismo en la América latina*.

to y antipolítica, antiglobalización y localismo.¹⁰ Tales aspectos son, si se me permite la expresión, superestructurales. ¿Pero será que nos hemos olvidado de las infraestructuras, o sea de las clases sociales a las cuales la apelación se dirige y por ellas viene mayoritariamente aceptada?

Un proyecto de transformación en sentido progresista tiene necesidad del apoyo, bien o mal organizado —pero, de todos modos, del apoyo— de los sectores “subalternos” (si se quiere usar la conceptualización gramsciana). Es preferible que ese movimiento tenga convicciones y prácticas democráticas, cosa que no siempre ocurre. No se puede negar, por ejemplo, que en Europa los partidos comunistas, muy poco convencidos acerca de las virtudes de la democracia burguesa realmente existente, hayan sido progresistas. La experiencia histórica ha demostrado que finalmente llegaron a ser genuinamente democráticos, incluso cambiando de nombre. Y si los comunistas han experimentado esa evolución, ¿por qué una cosa parecida no puede ocurrir, o haber ocurrido, con los movimientos nacionales y populares, bastante autoritarios en algunos momentos de su evolución?

En la segunda posguerra, los partidos comunistas de Europa occidental, especialmente en Italia y en

10. I. Diamanti (2010), “Populismo: una definizione indefinita per eccesso di definizioni”. Pero por el otro lado el concepto de “populismo” podría ser aplicado a ciertas variantes de la izquierda según Felipe González en *Mi idea de Europa* (2010), donde dice que es necesario responder razonablemente “a dos utopías regresivas, la del fundamentalismo neoliberal y la de una suerte de nueva izquierda que también con un discurso populista nos lleva al siglo XIX”.

Francia, no podían menos que reflejar los sentimientos y la mentalidad de los sectores populares en que se basaban. ¿Hubiera sido mejor que repudiaran el estalinismo desde el inicio? Quizás sí, desde un punto de vista moral o teórico, pero eso los hubiera condenado al rol de los partidos socialistas de sus países, válido en muchos sentidos, pero incapaces, en esos tiempos, de reflejar las experiencias organizativas y de lucha de los sectores populares. Y lo mismo se puede decir de la izquierda chilena de los tiempos de Allende, que desde entonces se ha encaminado en sentido más pluralista y conviviente con el capitalismo y sus expresiones empresariales y culturales, quizás hasta de manera algo excesiva.

En un artículo en el diario *La Nación* (3/1/2011), Carlos Pagni, periodista claramente opositor, ha considerado la posibilidad de que “Chávez, Morales, Cristina Kirchner se estén despertando del sueño dogmático que pudieron abandonar François Mitterrand, Michel Rocard, Felipe González, Tony Blair, Ricardo Lagos, Lula da Silva, José Mujica, Alan García o Dilma Rouseff”. Verdadero o falso el planteo, la compañía no es mala. Según ese autor, tanto los socialdemócratas como los movimientos nacionales y populares latinoamericanos tendrían algunas características comunes y habrían pasado, o estarían pasando, por etapas de mayor o menor cercanía al Estado o al mercado. En este caso, el autoritarismo popular (nacional-popular o comunista) sería una etapa histórica necesaria para llegar luego a una versión de la socialdemocracia, adaptada, a ambos lados del océano, a las fuerzas económicas internacio-

nales en perpetuo cambio, que deben ser canalizadas, pero que es imposible ignorar. Al fin y al cabo, no es absurdo pensar que también en la antigua Grecia los “demagogos” Clístenes y Pisístrato hayan sido necesarios para debilitar a la aristocracia y hacer posible un Pericles.

No es que la socialdemocracia o los movimientos nacional-populares al estilo de los de Perón, Vargas o Haya de la Torre sean o hayan sido la misma cosa. Pero no dejan de tener ciertos aspectos en común, si se mira a la parte del témpano de hielo que está debajo de la superficie del agua.

En los populismos clásicos latinoamericanos, que prefiero llamar movimientos nacional-populares para no confundirlos con los mal llamados neopopulismos europeos, hay tres características, a saber:¹¹

1. *Una elite anti statu quo, de nivel alto o medio, pero antagonizada o socialmente amenazada desde otros sectores de las clases dominantes, dispuesta a adoptar estrategias innovadoras para defender o consolidar su situación social tambaleante.* En trabajos anteriores ya he usado este concepto de “elite anti statu quo”, que ahora prefiero especificar para aclarar su condición y evitar confusiones. Así,

11. Me he referido a este proceso en varios de mis trabajos, entre los cuales quiero señalar especialmente mi *Sociología de los procesos políticos*, 2ª ed., caps. 4, 5, 11 y 12. El término ahora adoptado tiene incluso resonancias gramscianas. Véase M. B. Luporini (1995), “Alle origini del ‘nazionale-popolare’”, en G. Baratta y A. Catone, comps, *Antonio Gramsci e il “progresso intellettuale di massa”*.

por ejemplo, la dirigencia comunista en países sólidamente democráticos está contra el statu quo, pero no se siente amenazada. En cambio, yo consideraría no solo como antisistema, sino además socialmente amenazado, a un grupo de esa misma ideología en países donde está muy perseguido, como en la Rusia zarista o la China previa a la revolución de 1949. Lo mismo se aplica a los ayatolas en el Irán brutalmente secularizado de los tiempos del *Sha*, a los *tenentes* brasileños de los años veinte o a los industriales argentinos amparados por el proteccionismo automático brindado por la guerra y temerosos del fin del conflicto internacional con la previsible inundación de productos importados.¹²

2. *Una masa que ha roto con su respeto hacia sus superiores jerárquicos, pero que aún no ha adquirido la experiencia de la organización autónoma.* A este proceso lo he caracterizado como la ruptura con los “tres padres” (el paterfamilias, el sacerdote y el patrón) que lleva a buscar un cuarto padre, el “padre de los pobres”, cuando se siente el impacto de la modernización. Este proceso puede ocurrir típicamente con la migración del campo a la ciudad o a las grandes concentraciones de trabajadores en la minería o las plantaciones tropicales, y desde ya por un fuerte reclutamiento

12. Para una teoría sobre factores que ayudan a crear una elite anti statu quo, aún en niveles medios o altos de estratificación, véase S. Stryker y A. S. Statham Macke (1978), “Status Inconsistency and Role Conflict”.

bélico o simplemente por la extensión del uso de medios de comunicación y por la educación de masas. Se lo puede llamar *movilización social*, e implica una puesta en disponibilidad para un caudillismo movilizacionista.¹³

3. *Un vínculo carismático entre la elite dirigente y la masa movilizada, que aún no tiene suficiente experiencia de organización autónoma.* La elite dirigente está en general simbolizada por un individuo que la conduce, pero de ninguna manera está reducida a este. Las fuerzas sociales existentes en tal tipo de situaciones hacen que dentro de esa elite pueda emerger solo un jefe, pero lo importante, sociológicamente, es el caldo de cultivo en el cual este emerge. Tras el proceso, se hace una historia (tanto oficial como opositora) que explica su emergencia como resultado de sus extraordinarias cualidades, pero bien podría haber sido otra persona la que cumpliera ese rol, con un poco más de *virtù* y de *fortuna*. Este planteo puede disgustar a los seguidores de esos personajes y aun parecer contrario al sentido común. Sin duda que el individuo que emerge a la conducción suprema solo puede hacerlo por

13. G. Germani (1962), *Política y sociedad en una época de transición*; T. Altamirano (1984), *Presencia andina en Lima metropolitana. Un estudio sobre migrantes y clubes de provincianos*; E. Florescano, comp. (1975), *Haciendas, latifundios y plantaciones en América latina*; P. Klarén (1970), *Las haciendas azucareras y los orígenes del APRA*; E. R. Wolf (1973), *Las luchas campesinas del siglo XX*; M. I. Pereira de Queiroz (1965), *O messianismo no Brasil e no Mundo*.

tener capacidades especiales, pero una buena docena o más de otros candidatos podrían haber accedido a ese papel.

Cuando las masas adquieren una mayor capacidad organizativa propia pueden evolucionar hacia formas más autónomas, sea de tipo socialdemócrata, como en el Brasil, resultado de su fuerte industrialización y urbanización o hacia formas menos ideológicamente definidas, parecidas al Partido Demócrata norteamericano. También pueden adoptar variantes del mismo movimiento nacional-popular, más autónomamente organizadas, como en la Argentina. El que esta organización sea internamente más democrática, o menos, es secundario para establecer el papel que este proceso implica para los equilibrios sociales del país. Los partidos comunistas de Europa occidental, en tiempos de su esplendor, no eran internamente democráticos, pero contribuían a la democracia del país, al dar expresión a un gran sector social. Algo equivalente ocurre con los movimientos nacional-populares en sus diversas etapas. Con esto no se niega que sea deseable no solo la existencia de un equilibrio de fuerzas a nivel nacional, sino una mayor democracia interna en cada sector de clase, tanto obrera como empresarial. Pero eso implica otro nivel de maduración histórica, que exige más tiempo y más desarrollo, así como la consolidación en el tiempo de la experiencia democrática nacional y de los controles institucionales y judiciales que ella implica, como ha ocurrido en el sur de los Estados Unidos desde los

tiempos de los presidentes Kennedy y Johnson en los años sesenta.¹⁴

En cuanto a los nuevos movimientos nacional-populares de Venezuela, Ecuador, Bolivia y Perú, en esos países se ha dado por décadas un constante flujo hacia las ciudades, de poblaciones rurales marginadas que antes eran menos “visibles”. Al mismo tiempo, en esas áreas rurales y de pequeños pueblos se ha formado un sector emergente, con algo más de educación y ambiciones sociales. Los partidos populares tradicionales (Acción Democrática, Izquierda Democrática, MNR, aprismo) podrían haberlo canalizado si no se hubieran arruinado por la corrupción y la burocratización de sus dirigencias, así como por su incapacidad para visualizar la emergencia a la luz pública de esas masas. Los nuevos movimientos que allí han surgido, que a menudo se autodefinen como socialistas, no pueden menos que reflejar los sentimientos de quienes los apoyan, sus carencias, sus odios, sus esperanzas algo milenaristas, como ocurrió en su momento con los primeros populismos

14. J. C. Torre, comp. (1999), *Luis Gay. El Partido Laborista en la Argentina*; y del mismo, *Los sindicatos en el gobierno, 1973-1976* (1974) y “La democracia sindical en la Argentina” (1974); A. Abós, (1999) *Augusto Timoteo Vandor*; M. Gordillo (1992), “Los sindicatos mecánicos de Córdoba en los sesenta: El ámbito de trabajo y la dimensión cultural”; A. M. de Castro Gomes (1988), *A invenção do trabalhismo*; A. Boito Jr. (1991), *O sindicalismo de Estado no Brasil*; R. Antunes (1988), *A rebeldia do trabalho. O confronto operário no ABC paulista: as greves de 1978-80*; M. Gadotti y O. Pereira (1989), *Pra qué PT: origem, projeto e consolidação do Partido dos Trabalhadores*; S. M. Lipset, M. Trow y J. Coleman (1956) *Union Democracy*; J. D. Edelman y M. Warner (1975), *Comparative Union Democracy: Organization and Opposition in British and American Unions*.

de la región y también con los socialismos europeos en sus diversas variantes. Y es bastante probable que los nuevos movimientos de las clases populares sigan el camino recorrido por sus congéneres o equivalentes en diversas partes del mundo, como los primeros movimientos nacional-populares y también los socialismos o comunismos tempranos.

El sistema clásico en sus variantes europea, estadounidense, chilena y uruguaya

El sistema clásico europeo de la posguerra, el japonés y el australiano, tienen estas características:¹⁵

1. *Un partido de derecha fuerte, con el apoyo claro de la alta burguesía y de sus organizaciones culturales y mediáticas, lo que le permite sumar a la mayoría de las clases medias y a un sector minoritario pero no despreciable de las clases populares y campesinas.* Es el caso del Partido Conservador de Gran Bretaña, el Demócrata Cristiano alemán, la Union pour un Mouvement Populaire (UMP) francesa, de raíces gaullistas, el Popular de España, el Popolo della Libertà (PDL) o Forza Italia (FI) de

15. M. Franklin, H. Mackie et al. (1992), *Electoral Change: Responses to Evolving Social and Attitudinal Structures in Western Countries*; V. Bogdanor, comp. (1983), *Coalition Government in Western Europe*; M. Debus (2006), *Pre-Electoral Alliances, Coalition Rejections, and Multiparty Government*; E. Langenbacher, comp. (2006), *Launching the Grand Coalition: The 2005 Bundestag Election and the Future of German Politics*.

Berlusconi en Italia y lo mismo ocurre en el resto de la región, así como en los Estados Unidos con el Partido Republicano. En este hemisferio ideológico se ha insertado una nueva derecha extrema y xenófoba, cuyo futuro es aún incierto y que podría a la larga alterar el esquema clásico de la Europa de posguerra.

2. *En el centro (en el sentido estricto de la palabra, no como eufemismo de derecha) hay uno o más partidos, en general con pocos votos y oscilando entre aliarse con la derecha o con la izquierda.* Típico es el Liberal Democrático alemán, así como el igualmente llamado británico, escisión del laborismo fusionado con los liberales y luego aliado con los conservadores. Casos especiales han sido Italia y Francia. En Italia predominó hasta los noventa un fuerte Partido Demócrata Cristiano (PDC) que, apoyado por la Iglesia y por las clases altas como bastión anticomunista, sustituía a un conservadorismo casi sin partidos propios de peso. Tenía además su núcleo centrista en la clase media, en la población católica de diversos estratos sociales y en el campesinado. Después de la crisis de corrupción de inicios de los noventa, el PDC se fracturó en nada menos que diez partidos, luego reagrupados en dos, uno de derecha y otro de izquierda. El primero se alió con Berlusconi y el segundo se alió y luego fusionó con los ex comunistas convertidos a la socialdemocracia, para formar el Partido Democrático. En Francia el Partido Radical, muy fuerte antes de la gue-

- rra y orientado hacia la izquierda con el Frente Popular (1935-1938), luego se eclipsó, dando lugar a una formación democristiana de centro, el Mouvement Républicain Populaire (MRP), que a su vez desapareció poco después ante la absorción de la mayor parte de sus votantes por el gaullismo y en menor medida por el socialismo.
3. *En la izquierda hay una socialdemocracia con raíces sindicales y de clase media progresista (una minoría de su clase)*. Principales casos son el laborismo británico o la socialdemocracia alemana y escandinava o bien una dupla socialista y comunista, a veces unida, a veces enfrentada, pero en general claramente reformista y de hecho reconciliada con la “democracia liberal burguesa”. A veces un partido más radicalizado, como la Izquierda Unida española, escolta al principal de ese hemisferio.

En los Estados Unidos, gran parte de este esquema se reproduce, con algunas importantes diferencias. El Partido Republicano es una clara variante de las derechas europeas y el Demócrata se parece a la centroizquierda europea, pero sin el componente ideológico socialista, por cierto muy diluido en el Viejo Continente, pero existente y significativo entre los militantes. Por qué se da esta diferencia entre los Estados Unidos y Europa es un tema al que volveremos en el Capítulo 7.

En Australia y Nueva Zelanda hay derecha e izquierda y tampoco existe un partido de centro significativo. Lo mismo ocurre en Canadá, aunque ahí la

bipolaridad se altera por la presencia de un importante enclave francófono en el Quebec, que apoya a un partido separatista y algo nacional-popular, que roba votos a la izquierda. De manera que el equivalente de los demócratas estadounidenses, el New Democratic Party, queda debilitado y la alternativa principal se da entre conservadores y liberales.¹⁶

En Japón, por muchas décadas después de la guerra hubo una derecha, el Partido Demócrata Liberal, dominante, contra una izquierda repartida entre socialistas y comunistas y un centro con componentes religiosos. Desde fin del siglo xx, la izquierda ideológica se ha debilitado mucho y ha sido reemplazada por un Partido Demócrata parecido al norteamericano.¹⁷

En América latina, el país que está más claramente en el esquema “europeo” es Chile, que desde el fin de la dictadura en 1990 tiene una derecha basada en dos partidos casi siempre aliados (Renovación Nacional y Unión Democrática Independiente) contra una coalición entre un centro demócrata cristiano y una izquierda socialista. Bueno es señalar que estos dos últimos habían sido enemigos históricos por mucho tiempo. El gobierno de Allende no respetó mucho los intereses católicos y los democristianos apoyaron en un comienzo el golpe de Pinochet. ¿Habría sido entonces imposible

16. R. Bothwell, I. Drummond y J. English (1989), *Canada Since 1945: Power, Politics, and Provincialism*; Y. Bourdon y J. Lamarre (1998), *Histoire du Québec*; C. Pierson (2007), “The Labor Legacy: Looking Back with the Australian Labor Party”; R. Miller (2010), *New Zealand Government and Politics*.

17. I. Kabashima y G. Stael (2010), *Changing Politics in Japan*.

una posterior alianza entre ellos? Bueno, difícil, pero ocurrió. En cuanto al radicalismo, importante hasta los años cincuenta, casi ha desaparecido del mapa, aliado ahora con la izquierda. Un Partido Comunista muy debilitado completa el pelotón, como en España. Esta bipolaridad ha reemplazado al clásico esquema de “los tres tercios”, que se basaba en una derecha de dos partidos (Conservador y Liberal, luego fusionados en el Nacional), un centro fuerte, también de dos patas (Democrisiana y Radical) y una izquierda igualmente bifrente (socialistas y comunistas).

Uruguay se está acercando a esa moderna bipolaridad a través de un clásico esquema evolutivo, desde una inicial bipolaridad entre dos partidos “burgueses”, el Blanco y el Colorado, para incluir luego al Frente Amplio izquierdista, formando una tripolaridad, que yo diría transicional, como lo ha sido en Gran Bretaña el pasaje de la bipolaridad conservadora-liberal al trío conservador-liberal-laborista y luego a una bipolaridad conservadora-laborista. El sistema uruguayo tiende ahora a una nueva simplificación, que contrapone al Frente Amplio contra una alianza de hecho o convergencia, entre los antiguos miembros del bipartidismo clásico, blancos y colorados.¹⁸

18. R. Yocolevzky (2002), *Chile: partidos políticos, democracia y dictadura, 1970-1990*; S. Correa et al. (2001), *Historia del siglo XX chileno*; G. Caetano et al. (1995), *La izquierda uruguaya: tradición, innovación y política*; J. Lanzaro, comp. (2000), *La segunda transición en el Uruguay. Gobierno y partidos en un tiempo de reformas*; L. E. González et al. (1999), *Los partidos políticos uruguayos en tiempos de cambios*.

En América Central y el Caribe hay varios países que se están acercando a este esquema, especialmente Nicaragua, El Salvador, Jamaica, Trinidad y Guayana.¹⁹

¿Y el peronismo? En ninguno de estos países hay una cosa equivalente. Lo raro, en este esquema comparativo, es que exista en la Argentina, cuya estructura social es tan parecida a la de Chile en muchos sentidos. Pero es bastante diferente en otros, como se verá en el Capítulo 3.

La peculiaridad argentina

La peculiaridad argentina, entonces, para ponerla en un planteo de tres puntos semejante a los anteriores, es la siguiente:

1. *Extrema debilidad electoral de una derecha presentable, cosa que se da desde fin de los años veinte.* No es muy *politically correct* lamentar este hecho, pero ante la gran cantidad de casos citados más arriba, es admisible extrañarse de que esto sea así. A la opinión pública argentina en general no le sorprende la falta de una derecha electoralmente significativa y a menudo se la explica por las características particularmente obnubiladas de la oligarquía vernácula. Pero este argumento no es muy sólido, ya que por implicación supone que en el resto del mundo las clases dominantes son mucho más ilustradas. Por otra parte, la consolidación de una derecha electoral fuerte exige la

19. Véase mi (2013), *Historia de los partidos políticos en América latina*.

incorporación de la mayoría de la clase media a sus filas. Es probable que en nuestro país amplios sectores de la clase media se vayan derechizando, como ha ocurrido en muchas otras partes del mundo. Esto implicaría un acercamiento del sistema político argentino al de los demás países que hemos analizado en el acápite anterior.

2. *Existencia de un centro, la Unión Cívica Radical (UCR), que hasta fines del siglo XX se mantenía como fuerte alternativa electoral, aunque luego ha decaído.* Este centro ganó la presidencia en 1983 y en 1999, aunque en este último caso con el apoyo de una izquierda reformista. Luego casi desaparece en 2003 y desde entonces no se ha recuperado más que parcialmente. Corre el riesgo de seguir el destino de sus homónimos franceses y chilenos y de los igualmente centristas democristianos franceses e italianos.
3. *En la izquierda, los partidos de este color ideológico son muy débiles y su posible electorado ha sido absorbido por el peronismo.* Este es un movimiento con bastante heterogeneidad organizativa e ideológica, pero a pesar de eso (¿o debido a eso?) muy fuerte electoralmente y también como organización.²⁰ Este

20. G. Ionescu y E. Gellner, comps. (1976), *Populismo*; F. Adler et al. (1996), *Populismo posmoderno*; J. C. Torre (1990), *La Vieja Guardia sindical y Perón*; T. Di Tella (2003), *Perón y los sindicatos*; E. Laclau (2005), *La razón populista*; M. Palacios (2001), *De populistas, mandarines y violencias*; J. Lanzaro, comp. (2000), *Tipos de presidencialismo y coaliciones políticas en América latina*; M. Kazin (1995), *The Populist Persuasion: An American History*.

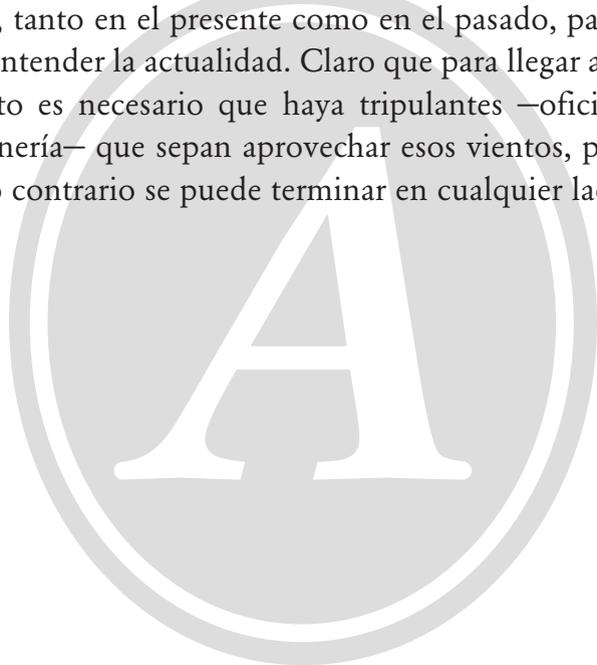
partido, de todos modos, se parece cada vez más al Demócrata norteamericano, que, a su vez, se parece a la socialdemocracia europea. ¿Se aplicará aquí el principio de transitividad (si A es parecido a B y B lo es a C, entonces A es parecido a C y quizás tiende a convertirse en una variante especial de C)? Puede ser, pero no nos apresuremos.

Si el sistema político partidario argentino está destinado a evolucionar hacia un bipartidismo clásico, entonces puede decirse que por ahora está “incompleto”, porque le faltan nada menos que las dos componentes de ese sistema, un fuerte partido conservador y uno igualmente fuerte socialdemócrata. ¿Puede entonces pensarse que en los próximos años habrá fuerzas sociales, independientemente de las voluntades de los dirigentes, que tiendan hacia eso? Quizás sí, pero de manera un poco especial. Por el lado de la derecha, no cabe pensar que se forme un partido que proclame a voz en cuello su condición conservadora, como ocurre en los Estados Unidos y en muchos países europeos. Lo más probable es que se trate de una convergencia entre lo que puede aproximarse a un conservadorismo popular (el peronismo “disidente”) y un liberalismo empresarial porteño, más algunos dirigentes provinciales de diversos orígenes.

Por el lado de la izquierda “real”, están el propio Justicialismo renovado en versión kirchnerista y el público socialdemócrata si este se decide a dejar de lado su resentimiento antipopulista, que lo llevó tanto en la

Argentina como en otros países del continente a cometer demasiados errores, entrando en coaliciones equivocadas.

Espero que el estudio comparativo de las numerosas experiencias políticas reunidas en estas páginas pueda por lo menos ayudar a tener una idea acerca de hacia dónde soplan los vientos en el mundo y en nuestra región, tanto en el presente como en el pasado, para poder entender la actualidad. Claro que para llegar a buen puerto es necesario que haya tripulantes —oficiales y marinería— que sepan aprovechar esos vientos, porque de lo contrario se puede terminar en cualquier lado.





Capítulo 1

Los movimientos nacional-populares. Raíces históricas

En América latina, desde los años de la independencia, fue común una bipolaridad de partidos conservadores y liberales, especialmente en Chile, Colombia, el Brasil y México. Este esquema duró bastante, aunque con numerosas interrupciones de dictaduras militares (a menudo apoyadas o generadas por alguno de los dos partidos tradicionales) y regímenes de apelación populista.

En Europa, la bipolaridad conservadora-liberal estuvo más institucionalizada y duradera, aunque ahí también interrumpida (o precedida) por dictaduras de derecha y por revoluciones liberales o socialistas. En Francia se dio una primera experiencia de régimen nacional-popular, el de Luis Napoleón Bonaparte, que dio origen a los famosos análisis de Karl Marx y sus discípulos sobre el “bonapartismo”, término que luego se aplicó a la mayor parte de las experiencias de apoyo popular latinoamericanas, desde el aprismo al varguismo y el peronismo. Sobre eso volveremos, después de una exploración de otros fenómenos de este tipo, característicos de nuestro continente, previos al francés y que participan de algunas de sus características.

En los países de la periferia, es muy común la aparición de movimientos nacionales y populares desde tiempos muy tempranos. En algunos casos estos aparecen sin que antes haya habido casi ninguna experiencia que se pueda llamar partido político, como en la mayor parte del mundo árabe e islámico, o sustituyendo a una especie de protopartido, como en Egipto era el Wafd previo a la irrupción de Nasser en 1952, o en Siria y en Irak antes del acceso al poder del Partido Socialista Árabe Baath en los años sesenta. Lo mismo en otros países de África, desde el Partido de la Convención del Pueblo de Kwame Nkruma en Ghana, el Congreso Nacional Africano de Nelson Mandela en Sudáfrica, el Neo Destour de Habib Bourguiba en Túnez y el Frente de Liberación Nacional en Argelia. En la India, el Partido del Congreso ha tenido desde el inicio una estructura de este tipo, aunque más democrática, pero con fuerte culto de la personalidad de los dirigentes y perpetuación de una familia en la cúpula. En Turquía, el régimen de Mustafá Kemal Attaturk, ya en el poder desde 1923, puede también considerarse en esta categoría y lo mismo el de los ayatolas en Irán y aun —a pesar de sus diferencias ideológicas y estirando un poco el concepto— el de Mao Ze Dong en China o el de Fidel Castro en Cuba, por su personalismo y movilización de masas con poca organización autónoma previa.

Como sé que la inclusión de Mao y de Fidel Castro en esta bolsa va a producir escozores en muchos de mis lectores, debo enfatizar el hecho de que estos fenómenos políticos tienen una estructura de apoyo, de organización y de liderazgo completamente distintas

de las que el creador de la ideología a la que adhieren pensaba que tendrían las revoluciones profetizadas. Es significativa al respecto la diferencia entre estos partidos y los de igual ideología existentes por décadas en Italia, Francia y Chile. Todo ello no es motivo de crítica –para eso hay muchos otros motivos–, pero es un dato importante para la comprensión de las estructuras sociales y clasistas que hacen previsible su emergencia y sus tendencias evolutivas.

No es que todos estos fenómenos, que englobo como “nacional-populares”, sean iguales, pero comparten ciertas características en el nivel que me animo a llamar infraestructural. Como toda clasificación, esta se basa en privilegiar ciertas características. Ciertamente es que puede argumentarse: si sus efectos sobre la estructura de clases han sido tan distintos, ¿por qué englobarlos en un mismo paquete? Se trata simplemente de una primera caracterización, que ayuda a entenderlos y que luego en un análisis más minucioso exige nuevas subdivisiones, aunque la parte del témpano de hielo sumergida sea parecida, a pesar de que la parte visible sea distinta.

En América latina las clases populares han tenido mucha más participación política a lo largo de su historia que lo que a menudo se cree. Para empezar, hay que dar su debido lugar a las rebeliones de Túpac Amaru y de Túpac Katari en la zona andina del Perú y del Río de la Plata (1780-1782), a la revolución de esclavos de Haití (1791-1804), exitosa en derribar el poder colonial, así como a la Insurgencia mexicana de 1810 a 1815. Todos esos fenómenos son cada vez más parte del acervo ideológico y de la memoria política de la izquierda y de las

fuerzas populares en nuestra región, como antes lo fueron la casi coetánea Revolución francesa o la rusa y —en clave distinta— el laborismo y la socialdemocracia europeas. No es cuestión de sustituir una visión con un solo ojo por otra igualmente unilateral, pero sí integrarlas a ambas para mejor conocer nuestras raíces. En este capítulo empezaremos por la tradición nacional y popular.

Las primeras grandes rebeliones en la historia de América latina y el Caribe

Las grandes rebeliones andinas tenían raíces tanto arriba como abajo en la pirámide social. Túpac Amaru pertenecía a la clase alta indígena, como cacique de una localidad vecina al Cusco.²¹ Era propietario de una tropa de arriería, a cuyo frente a menudo recorría grandes extensiones de la región, y había pasado largos períodos en Lima pleiteando su título y su descendencia de los emperadores incas, estableciendo ahí relaciones con importantes personajes de la sociedad criolla y española, así como del clero. Túpac Katari, de condición algo más modesta, era un comerciante en lo que es actualmente Bolivia, también con fuerte movilidad geográfica debida a su trabajo.²²

21. En la época colonial, el cacique era una figura prominente de la estructura de gobierno, sancionada por la corona y la tradición local, encargado de diversas tareas de administración y control de la población.

22. J. Golte (1980), *Repartos y rebeliones. Túpac Amaru y las contradicciones de la economía colonial*; O. Cornblit (1972), “Levantamientos

La zona donde ambos operaban y en donde se difundieron los movimientos que dirigieron era muy especial. Estaban ahí enclavadas las principales concentraciones mineras de América del Sur, que contaban con una fuerza de trabajo reclutada a través de la mita, una institución que obligaba a los pueblos de indios a aportar una séptima parte de su población masculina en edades activas para servir por un año cada siete en las minas, en terribles condiciones y por un escaso pago, inferior al que el mercado determinaba para los trabajadores libres, que también había en la zona.²³

Esta institución de trabajo forzado, manejada por las autoridades locales españolas con la colaboración de muchos caciques y sus allegados, movilizaba a ingentes cantidades de personas, que como resultado a menudo se veían desplazadas, porque quedaban “seltas” al terminar su obligación. A veces volvían a sus lugares nativos o a otros donde no estaban registrados y era más difícil reclutarlos de nuevo, o se quedaban en las vecindades de los grandes centros, como Potosí. Se creó así una gran masa fuertemente desarraigada, con lazos rotos con el sistema de jerarquías familiares y locales, base de un tradicional conservatismo consensual, dominado por los “tres padres” ya mencionados: el jefe de familia extendida, el cura y el patrón. Este último podía ser eventualmente un cacique o un miembro del estrato alto

de masas en Perú y Bolivia durante el siglo dieciocho”; N. Wachtel (1973), “La desestructuración económica y social del mundo andino”.

23. E. Tandeter (1984), *Trabajo forzado y trabajo libre en el Potosí colonial tardío*.

local, que estaba exceptuado de la mita, o incluso un hacendado criollo de la vecindad.²⁴

Este infierno, esta pérdida de un mundo de certidumbres y creencias tradicionales, no podía menos que generar enormes resentimientos y deseos de reparación, caldo de cultivo para cualquier forma de mesianismo y búsqueda de algún jefe que combinara prestigio y tradición con un enfrentamiento al sistema existente.²⁵ Como, por ejemplo, Túpac Amaru, o en menor medida Túpac Katari, un hombre que también “conocía el mundo”. Ambos consiguieron, por otra parte, la colaboración de elementos insatisfechos de la población mestiza y criolla. El vendaval, que duró varios años y ocasionó quizás unos doscientos mil muertos, puso en algunos momentos seriamente en jaque a las clases dominantes y a su gobierno, pero al final fracasó. Túpac Amaru murió descuartizado en la plaza principal del Cusco, pero revive cada tanto como símbolo de rebelión popular. Y, más cerca del evento en sí, el recuerdo de las rebeliones andinas produjo en las clases altas de Perú y de Bolivia un terror acerca de las agitaciones de la masa indígena, que los hizo muy reticentes ante los procesos de independencia en la región, que tuvieron que esperar a intervenciones desde afuera para realizarse.

24. He usado este concepto de los “tres padres” en repetidas ocasiones, así como la posibilidad de sustituirlos por un cuarto padre, el “padre de los pobres” o caudillo, militar o civil.

25. N. Wachtel (1973), “Rebeliones y milenarismo”; O. Cornblit (1995), *Power and Violence in the Colonial City: Oruro from the Mining Renaissance to the Rebellion of Tupac Amaru*.

Otro episodio de gran impacto fue la revolución de esclavos en Haití, colonia francesa denominada entonces Saint Domingue. La rebelión fue iniciada en 1791 por un ex esclavo, Toussaint Louverture, que había llegado a ser liberto y capataz de una importante plantación, con un millar de trabajadores. El fenómeno fue exitoso y consiguió crear un nuevo país independiente en 1804. Antes de la revolución, la isla tenía una población casi igual a la de las mayores colonias inglesas en América del Norte y un monto de exportaciones parecido. Era la joya del imperio colonial francés; cuando a mediados del siglo XVIII Francia perdió una guerra contra Gran Bretaña, que había ocupado Saint Domingue, le ofreció todo el Canadá (“una vasta extensión helada e improductiva”) con tal de que le devolvieran la isla, cosa que efectivamente se hizo.

Haití era una verdadera caldera, siempre a punto de explotar. El 90% de su población era esclava (en los estados norteamericanos nunca superaba el 30%). Había un 5% de mulatos y un 5% de franceses, casi todos propietarios de grandes plantaciones de azúcar. De los esclavos, dos tercios eran nacidos en África. En 1791 empezó la explosión. No es que la Revolución francesa proclamara la libertad de los esclavos. Lo que ocurrió es que hubo luchas intensas entre facciones de las clases dominantes: monárquicos, republicanos de diversas orientaciones, agentes coloniales, funcionarios civiles y militares. En estas luchas, algunos sectores comenzaron por movilizar a los mulatos, también ellos una clase privilegiada, aunque discriminada y falta de participación política. Otros sectores retrucaron haciendo ape-

lación a sus “fieles trabajadores africanos”, que al final resultaron no ser tan fieles. La insurrección fue apoyada incluso por los *émigrés* monárquicos y por la corona española, dueña de la otra mitad de la isla, mucho más pobre y menos poblada. La rebelión se fue extendiendo, con incendio de plantaciones y masacre de la minoría blanca. Un intento de Napoleón de recuperar el control fracasó y al final los africanos, inestablemente aliados con algunos mulatos, se independizaron, bajo la dirección de Jean Jacques Dessalines, otro ex esclavo que se declaró emperador. Toussaint había sido capturado y remitido a Francia. La población blanca había desaparecido, parte de ella habiéndose refugiado en las islas vecinas.

Claramente, la lucha entre las varias facciones de las clases dominantes y parte de las intermedias había sido responsable por el desastre. Y luego Haití pudo mantenerse independiente por la rivalidad entre las potencias, incluyendo a los Estados Unidos, a pesar de que ninguna de ellas tenía la mínima simpatía por el nuevo régimen, pero estaban mutuamente bloqueadas, dejando un espacio geopolítico libre para la nueva nación.²⁶

La experiencia haitiana, en su momento, produjo un sentimiento de pánico en las clases altas de los países con alta proporción de esclavos, especialmente el Brasil y Cuba, que por lo tanto rechazaron cualquier idea de movilizar a la población para luchar por la inde-

26. C. L. R. James (1980), *Black Jacobins*; T. C. Ott (1973), *The Haitian Revolution*; J. Casimir (1980), *La cultura oprimida*; E. Genovese (1979), *From rebellion to revolution: Afro-American slave revolts in the making of the New World*.

pendencia, que en el caso del Brasil la consiguieron por lo que prácticamente fue un pacto de familia en 1822.

En Venezuela se había dado otra experiencia de insurrección popular, con participación de estratos populares rurales y esclavos, pero esta vez con conducción de un contrabandista español instalado en los Llanos, José Tomás Boves, quien consiguió reconquistar el país para la corona en 1814. Para Juan Uslar Pietri, historiador y ensayista liberal, Boves fue el primer gran jefe democrático de Venezuela. En eso es quizás demasiado generoso en otorgar credenciales a un líder autoritario con apoyo de masas, argumento rechazado por el criterio marxista de Germán Carrera Damas.²⁷

Bolívar, exiliado en Jamaica, tras ser derrotado por la marea popular dirigida por Boves, aducía la perspectiva de una insurrección de esclavos siempre probable en las condiciones existentes en países con alta proporción de población de origen africano, lo que aparte del Caribe y del Brasil también incluía, aunque en menor medida, a Venezuela. Desde temprano el futuro Libertador resaltaba esta perspectiva con dramatismo en una carta a un residente inglés desde su refugio en Jamaica, obviamente para circulación pública.

Más tarde, Bolívar, al completarse la liberación de la América del Sur en 1825 tras la batalla de Ayacucho, se negó a extender sus campañas a Cuba, para no crear otro Haití ante la lucha que seguramente se desencade-

27. J. Uslar Pietri (1962), *Historia de la rebelión popular de 1814*, p. 83; G. Carrera Damas (1964), *Boves: aspectos socioeconómicos de su acción histórica*.

naría entre los independentistas y las autoridades españolas, ambas apelando a sectores cada vez más amplios hasta llegar a los esclavos.

La resistencia española contra Napoleón, 1808-1814

Otro fenómeno de alta participación popular temprana se dio en España, en 1808, cuando la invasión napoleónica creó una situación caótica, pues el gobierno real colapsó y en su ausencia se generaron dos focos de resistencia, ideológicamente muy distintos pero convergentes ante un enemigo común. Por un lado estaba todo el sector religioso, de curas, frailes y sus allegados y clientes entre los pobres urbanos y entre la mayor parte del campesinado. Por el otro lado se encontraban los liberales radicalizados, inspirados en la Revolución francesa, con influencia entre las clases medias urbanas educadas, los estudiantes y el artesanado, para quienes Napoleón era un traidor a sus ideales. Hubo entonces una alianza no explícita ni formalizada entre dos sectores muy opuestos. Para ponerlo en términos modernos, se dio una coalición de hecho entre la derecha clerical popular y la izquierda liberal radicalizada. Ambos grupos estaban mancomunados en la lucha contra el invasor, contra la nobleza y la burocracia del régimen caído y también contra los liberales moderados de la burguesía modernizante con esperanzas de cambio progresista bajo el nuevo rey José Bonaparte.

Contra esa constelación colaboracionista surgieron, entonces, dos formas de “populismo”, el clerical y el li-

beral exaltado, ambos capaces de dirigir movilizaciones populares y de generar caudillos en estrecho contacto con las masas, de las cuales a menudo habían surgido. Karl Marx se interesó en esta experiencia, en su obra *La revolución española*, originalmente artículos publicados en el *New York Daily Tribune* entre 1854 y 1856. Ahí, en un análisis retrospectivo, plantea que “todas las guerras por la independencia sostenidas contra Francia tienen de común el sello de la regeneración unido al sello reaccionario”. Luego añade que “mientras no se trataba más que de la defensa común de la patria, la unanimidad de las dos grandes fracciones del partido nacional era completa”. Luego se separaron y sus enfrentamientos marcan gran parte de la historia española del siglo XIX.

Una vez rechazado Napoleón, la Constitución de 1812 sancionada en Cádiz tuvo que dar un lugar a toda esa gente y de ahí su adopción del principio de voto universal masculino, salvo para los de ascendencia africana, pocos en España. Fue algo extraño, puesto que aún no se lo aplicaba en los países más avanzados de Europa y apenas si se lo hacía en los Estados Unidos, pero se extendió rápidamente a Portugal y Nápoles, también involucrados en una resistencia popular contra la invasión francesa y a otras partes de Hispanoamérica. La ampliación del derecho a voto, aunque no seriamente aplicada, daba un lugar a los jefes que se habían formado en la lucha popular, a quienes era peligroso ignorar y que no hubieran tenido posibilidades de enfrentarse a los notables locales en un sistema de voto restringido, como se hacía en Gran Bretaña y en la Francia de la Restauración y del orleanismo.

Aparte de las elecciones, otra forma de participación popular era a través de las milicias, que complementaban a las fuerzas regulares, no siempre capaces de llenar todos los frentes necesarios de acción armada, que incluían el mantenimiento del orden interno. Las milicias podían ser reclutadas de diversas maneras, pero basadas siempre en una población civil que solo esporádicamente entraba al servicio de las armas, cobrando entonces una pequeña suma, equivalente a un jornal, y elegía a sus jefes salvo el más alto, lo que creaba condiciones sociales muy particulares en esos cuerpos. En la versión más usual, todos los hombres entre ciertas edades eran pasibles de reclutamiento, pero los más acomodados se exceptuaban pagando una compensación u ofreciendo un reemplazante, lo que hacía que solo los sectores más modestos se incorporaran.

En su *Autobiografía*, Manuel Belgrano hace referencia a la aplicación de esta institución en Buenos Aires, cuando recuerda su incorporación a las milicias tras su retorno de la Banda Oriental, donde se había refugiado tras la Primera Invasión.

Mi arribo fue la víspera del día en que los Patriocios iban a elegir sus comandantes. [...] Sabido mi arribo por varios amigos, me estimularon para que fuese a ser uno de los electores [pues la elección era en dos etapas]: A no haber tomado por mí mismo la recepción de votos, acaso salen dos hombres oscuros, más por sus vicios que por otra cosa.

Para emerger en este ambiente, se necesitaban especiales dotes, que Belgrano no poseía. Más tarde recordaría que “hubo oficial [de los elegidos] que me insultó a presencia de la tropa y de los dos comandantes que miraron con indiferencia un acto tan escandaloso de insubordinación”.²⁸

El liderazgo que emergía de sus filas era fuertemente populista y exigía en los jefes dotes caudillistas fácilmente transferibles al campo de la política. Esto ocurrió, de manera muy intensa, en la ciudad de Buenos Aires, donde incluyó a la gran mayoría de la población no esclava. En ese ambiente se generaron caudillos como Vicente Pagola y Manuel Dorrego, bases del futuro Partido Federal porteño.

La Insurgencia mexicana (1810-1815) y la movilización social de la población indígena

Después de las rebeliones andinas y de la revolución de esclavos de Haití, el otro fenómeno de extendida violencia popular que impactó a todo el subcontinente fue la lucha por la independencia en México, el fenómeno denominado Insurgencia, que según fuentes de la época ocasionó un millón de muertos y dejó una marca indeleble en ese país. Entre sus causas, se puede señalar un fenómeno parecido al de la mita. El equivalente en México era la zona de Guanajuato en el Bajío –que incluía también partes de Michoacán–, la región

28. M. Belgrano (2009), *Autobiografía*.

más próspera del país, con algunas de las mayores concentraciones mineras mundiales y al mismo tiempo con una agricultura de grandes y modernizadas haciendas en manos de propietarios españoles y criollos. La Nueva España era la más rica parte del imperio colonial español, con un envío anual a la metrópoli de ingentes cantidades de barras de plata. La población total, de siete millones, superaba a la del virreinato del Perú, de aproximadamente dos, e incluso al del Brasil, de cuatro. Por comparación, lo que es hoy la Argentina tenía apenas 500.000 habitantes.

Proveer de mano de obra a esos monstruos exigía, como en los Andes, un sistema de mano de obra forzada, que ahí se llamó *repartimiento*. La mayor parte de la población indígena vivía en “pueblos”, palabra que tenía un significado especial pues no se trataba de experiencias urbanas de pequeña escala, sino rurales, en general indígenas, a menudo propietarias en común de las tierras que trabajaban y donde había toda una estratificación social, con un sector privilegiado de *principales* y una base popular, todos los cuales cultivaban parcelas de uso propio. Había una autoridad máxima, el alcalde con su cabildo de indios, elegida por todos o a veces solo por los principales y desde ya casi siempre siendo uno de estos. El sistema de los “tres padres” funcionaba ahí a la perfección. En las grandes haciendas y en las minas había trabajadores libres, pero era necesario reforzarlos con los obligados.

El repartimiento obligaba a los pueblos a mandar una parte de sus hombres en edad adecuada a trabajar por un pago menor que el de mercado, por un par de

semanas, a una hacienda o una mina, en general cercanas, varias veces por año. Para evitar esta repetición de obligaciones, algunos, en vez de volver a sus pueblos, donde estaban registrados, lo hacían a otros, donde eran menos visibles. Ahí tenían menor estatus que los originarios, por quienes a veces eran empleados. Este régimen era menos brutal que el de la mita en el Perú, pero era también muy desestabilizador de la estructura social indígena. En la mayor parte del resto del virreinato había menos minas y haciendas modernizadas y por lo tanto se generaba una menor demanda de mano de obra. Esto dejaba más lugar a los pueblos autónomos, con menor incidencia del repartimiento, sobre todo del minero, que era el que más afectaba a la población.

Por otro lado, la ciudad de México, con algo más de 100.000 habitantes en aquella época, tenía una enorme cantidad de población miserable y marginalizada, los llamados *léperos*, de quienes siempre se podía esperar motines y protestas, aparte de violencia en la vida cotidiana y que eran una constante fuente de alarma para las autoridades y para las clases poseedoras.

En 1810 la capital se mantuvo tranquila, pero en la zona del Bajío, en la ciudad de Dolores, el cura local, Miguel Hidalgo, y un militar de graduación media, Ignacio Allende, proclamaron un llamado a la insurrección. Estaban provocados también por medidas impuestas por las autoridades coloniales que afectaban la economía local, y estimulados por las noticias que venían de España sobre la invasión napoleónica. El impacto sobre la población local, ya agitada por la movilización social generada por el repartimiento, fue muy intenso, cayen-

do sobre una masa predispuesta y clases propietarias descontentas. Esto terminó provocando un incendio. Hidalgo y Allende no pudieron controlar a las masas convocadas por ellos mismos, que ocasionaron una masacre de españoles y criollos refugiados en la Alhóndiga de Guanajuato, un depósito de cereales equiparable a una fortaleza. Luego se extendió una guerra civil que puso en serio peligro a las clases altas y medias de la capital, en su mayoría criollas o mestizas, atemorizadas por la violencia desatada por las masas indígenas, enfriando sus posibles deseos de independencia. Tras un año de lucha, el gobierno colonial se impuso y fusiló a los cabecillas. La insurgencia de todos modos continuó, con la dirección de otro cura, que además era arriero, José María Morelos, de la zona de Cuernavaca, cercana a la capital y con grandes haciendas azucareras trabajadas por esclavos africanos. Morelos fundó en regiones del sur una inestable República de Anáhuac, roída por las luchas de facciones y por su resistencia a crear un Ejecutivo unipersonal fuerte. También Morelos terminó fusilado, en 1815. La insurgencia había sido vencida, quedando solo algunos focos en las montañas que, aislados, resistieron un tiempo más.

El cesarismo popular de Agustín de Iturbide y sus extrañas alianzas

Hacia 1816, las experiencias independentistas hispanoamericanas habían fracasado, salvo la del Río de la Plata, y en España Fernando VII había retornado como

rey absoluto. Pero ese control colonial se vio afectado en 1820 por una revolución liberal en España, dirigida por dos militares, Rafael de Riego y Antonio Quiroga. La Constitución sancionada en Cádiz en plena resistencia antinapoleónica en 1812 fue puesta de nuevo en vigor y empezaron a adoptarse medidas liberales avanzadas, sobre todo anticlericales, a aplicarse también en las colonias, de las cuales México era la más importante. Las clases dominantes locales, principalmente criollas, todavía no se habían recuperado del susto de la Insurgencia y de la enorme destrucción de bienes y fortunas ocasionada por ese evento, incluyendo inundación y abandono de minas, alteración de circuitos mercantiles y espíritu levantisco de las masas populares. Por lo tanto, las clases poseedoras estaban preocupadas con las novedades y lo mismo estaban los jesuitas y la Iglesia local, que era entre otras cosas un fuerte poder financiero.

Además tenía gran apoyo popular, especialmente a través de los frailes de las órdenes mendicantes. Tampoco estaban contentos los militares, que tenían su brazo popular entre los sargentos y cabos, quienes al igual que los frailes vivían muy cerca de la miseria popular, cuya mentalidad conocían bien.

En 1821, la resistencia a las medidas progresistas que venían de España se dio estimulada por la extrema derecha clerical centrada en el Oratorio de La Profesa y capitaneada por el general Agustín de Iturbide, un hidalgo de provincia que había sido el principal represor de la Insurgencia. Para frenar las medidas liberales que venían de la metrópoli, los elementos conservadores decidieron correr el riesgo de proclamar la independencia.

Ya el año anterior, gozando de las libertades otorgadas por la reexhumada Constitución española, se formaron dos partidos o facciones políticas, conocidas por los nombres de las logias masónicas donde se reunían. Los liberales moderados adoptaron el de “escoceses” y los más radicalizados y populistas, el de “yorkinos”.

Los escoceses, que se pueden equiparar a los girondinos franceses y a los unitarios argentinos, tenían el apoyo de gran parte de la burguesía comercial y profesional urbana y de los intelectuales influidos por las ideas de la Ilustración, en general de buena posición económica y admiradores del modelo político inglés. Los yorkinos, afines a los federales dorreguistas argentinos y un poco a los jacobinos, tenían apoyos de baja clase media con bastante seguimiento popular y de escritores y periodistas combativos cuyos panfletos se difundían en bodegones y pulquerías. A estos se sumaban algunos ex insurgentes, aunque la mayor parte de los yorkinos, y desde ya los escoceses, no habían simpatizado con la Insurgencia, espantados por sus “excesos”. La mayor parte de la clase alta, sobre todo los grandes propietarios rurales y los mineros, en general con impresionantes títulos de nobleza, equiparables a los de España y quizás con más dinero, apoyaba a la Iglesia y a Iturbide.

La declaración de independencia por Iturbide en septiembre de 1821 suscitó gran apoyo y entusiasmo popular, aunque el entorno con que se inició generaba suspicacias en diversos sectores, especialmente entre los escoceses y en la mayor parte de los ex insurgentes, que sufrían de las torturas de la memoria. Los escoceses fa-

vorecían una monarquía con alguna casa reinante europea, de las que había varias en el mercado de la realeza, sobre todo en Italia. Estas expectativas eran parecidas a las que habían buscado implementar Belgrano y Rivadavia, enviados por el Directorio de las Provincias Unidas a Europa en 1815-1816. La cosa se complicó con el golpe de Estado que dio Iturbide en mayo de 1822 proclamándose emperador, con todo un gran séquito popular-clerical-militar, de alto, medio y bajo estatus social. Surgieron “mangas de léperos” que proclamaban “muera el despotismo y viva el emperador absoluto”, como no dejó de anotar el publicista liberal moderado Carlos María de Bustamante.²⁹

Lo más extraño del caso es que Iturbide empezó a tener apoyo de los yorkinos, incluyendo algunos panfletistas muy populares entre un público semianalfabeto. El objetivo de esta movilización nacionalista —y por así decir “de izquierda”, a pesar de estar apoyando a una derecha nacionalista representada por Iturbide—, era contrarrestar los planes de los escoceses de instalar algún monarca europeo que diera seguridades al capital y al comercio de ese origen, considerados necesarios para el desarrollo económico y cultural del nuevo país, incluyendo inversiones para reactivar las minas destruidas por la Insurgencia y la construcción de canales, ferrocarriles y puertos.

Los problemas económicos que enfrentaba el nuevo gobierno imperial lo obligaron a incrementar la pre-

29. C. M. de Bustamante (1980), *Diario Histórico de México*, tomo 1, vol. 1.

sión impositiva, incluyendo préstamos forzosos que nadie pensaba que se iban a devolver. Iturbide buscó compensar la debilitación del apoyo que esto generaba entre las clases altas y para eso buscó, o se vio obligado a cultivar, una intensificación de la agitación popular y la creación de milicias de la Santa Fe que convivían con otras de cariz liberal radicalizado. Esto, junto a medidas como la circulación obligatoria de papel moneda, terminó por erosionar el apoyo “de derecha” que había tenido en su origen Iturbide, causando un final caótico del régimen, con un golpe militar dirigido por el general Antonio López de Santa Anna, apoyado por intereses agrarios de Veracruz, orientados a la exportación y por sectores de las clases pudientes alarmados ante el cariz agitacionista del emperador.

La restablecida república, de Constitución federal, tuvo por décadas una vida agitada, en que era tan imposible establecer un régimen liberal sólido como armar uno dictatorial estable, cuyo permanente aspirante era Santa Anna. Este, en busca de consolidar su poder y contrabalancear a los siempre fuertes escoceses, trató en varias ocasiones de emular la fórmula iturbidista de alianza con los yorkinos. Estaba dispuesto incluso a enfrentar a la Iglesia, a cuyas riquezas quería acceder con presiones impositivas, que no desdeñaban algunas de carácter expropiatorio, apoyadas con entusiasmo por sus ocasionales aliados, felices de entrar a saco en los bienes eclesiásticos y de aplicar medidas laicistas. Al final estos aliados liberales radicalizados se le hacían demasiado pesados a Santa Anna y espantaban al sector del *establishment* del que él disponía, que se decidía entonces a apoyar un gol-

pe por otra facción militar más en sintonía con sectores civiles conservadores o liberales moderados.³⁰

A riesgo de ser acusado de anacronismo, debo decir que este mecanismo, constantemente reintentado o instalado de hecho me hace recordar al “juego imposible” con que Guillermo O’Donnell caracterizó la situación argentina de mediados del siglo xx. En ese juego, los intentos de diversas facciones civiles o militares de aliarse al peronismo para utilizarlo contra sus rivales en las altas esferas de poder terminaban fracasando porque la presión del elemento popular (equivalente socialmente a los yorkinos mexicanos aunque con otra ideología) se volvía demasiado exigente. Se hacía así inevitable la ruptura de la coalición y el fracaso de la estrategia integracionista. Esta fue intentada primero por Arturo Frondizi y luego por Juan Carlos Onganía en su etapa de “azules” contra “colorados” (1962-1963) y en la presidencia (1966-1970) y por Roberto Levingston (1970-1971). Sobre este trágico “juego” y su ausencia en las dictaduras brasileña (1964-1985) y chilena (1973-1990) volveremos en el Capítulo 4.

Luis Napoleón y la interpretación de Marx sobre el “bonapartismo”

Las revoluciones liberales de 1848, en varias partes de Europa, crearon una cesura en los sistemas políti-

30. He analizado este tema en *Política nacional y popular en México, 1820-1847*.

cos de esos países casi tan profunda como la de 1789 y como ella terminaron creando regímenes autoritarios, o fracasando.³¹ Durante las “primaveras árabes” de la segunda década del siglo XXI sonaban los ecos de esos eventos y con parecidos desenlaces, aunque el fin de esa historia todavía no se vislumbra.

En Francia las clases dominantes, antes y durante la revolución republicana de 1848 contra el rey Luis Felipe de Orleans, estaban divididas entre legitimistas y orleanistas, que en primera aproximación pueden ser llamados conservadores y liberales.³² Los primeros estaban basados principalmente en los grandes terratenientes y la Iglesia; los segundos, en la gran burguesía urbana y grupos financieros. Las clases medias urbanas seguían en parte a alguno de esos dos poderosos grupos, pero un tercer sector favorecía a la recién instalada república. Había también una pequeña burguesía, más radical en sus convicciones sociales, pero siempre desconfiada y temerosa del proletariado. El proletariado tenía una minoría activa de socialistas revolucionarios y “comunistas” de diversas orientaciones. En cuanto al campesinado, esa “bolsa de papas” según la poco amable expresión de Marx, ellos eran la mayoría de la nación, pero no tenían mucha organización propia y

31. M. Agulhon (1981), *The Republican Experiment, 1848-1852*; T. Zeldin, *France, 1848-1945*.

32. Luis Felipe de Orleans había sido depuesto por la revolución republicana de 1848. Él a su vez había participado en el derrocamiento del rey legitimista Carlos X en 1830, así que las relaciones entre las dos ramas de la familia de los Borbones no eran demasiado buenas.

podían ser subdivididos en tres categorías: la relativamente más acomodada de pequeños propietarios, la de ocupantes ancestrales de parcelas por cuyo uso pagaban un canon al señor del lugar, y finalmente la de trabajadores asalariados sin acceso a tierras de manejo propio. Las Fuerzas Armadas estaban, por supuesto, presentes en la escena política. También había un pequeño sector entre las clases altas, formado por los restos de los viejos colaboradores del primer Napoleón, resentidos con las demás familias monárquicas, pero lejos de ser republicanos.

Las guerras y otros episodios violentos en la historia del país, con su fuerte presión reclutadora, habían alterado la estructura social tradicional, mucho más que en el resto de Europa. El resultado fue que en Francia las masas, tanto urbanas como rurales y también las clases medias, habían pasado por una experiencia de movilización social y militar muy alta, contrastante con la de Gran Bretaña, donde habían permanecido básicamente leales a sus superiores. En Francia la Gran Revolución en alguna de sus etapas había establecido el sufragio casi universal masculino, las clases altas habían perdido la lealtad del campesinado y les era cada vez menos fácil conducirlo a las urnas. Este vacío daba lugar, en el esquema político-institucional de la época, a las demandas de igualitarismo de las bajas clases medias y las populares, aun cuando estas últimas no estaban muy organizadas, en especial las campesinas. Para estas Marx desarrolló el concepto de “clase en sí” (puramente estadística), sin mucha organización propia, contrapuesta a una eventual “clase para sí”, con conciencia de

sus intereses y capacidad organizativa propia. Mientras eran una mera “clase en sí”, podían seguir a cualquier dirigente, principalmente los clásicos notables locales, conservadores o liberales. Al transformarse en “clase para sí”, con actitudes determinadas por la evolución histórica según la interpretaba Marx, se convertirían en un proletariado revolucionario capaz de voltear al sistema de dominación existente. Pero podemos agregar que, en espera de adquirir la necesaria capacidad organizativa propia, las masas deberían pasar por una etapa intermedia, de *movilización social*, fenómeno al que ya hemos hecho referencia. Claro está que el proceso histórico demostraría, décadas después, que en los países modernizados del Viejo Continente el resultado del desarrollo económico no sería la formación de un proletariado socialista revolucionario, sino de una clase obrera básicamente moderada y reformista.

Lo paradójico de los hechos es que cuando circunstancias especiales posibilitaron el éxito de revoluciones inspiradas en las enseñanzas del maestro, ellas ocurrieron en países donde la mayor parte de las masas estaba aún en una etapa de “clase en sí”, o sea sin conciencia de clase, en especial los campesinos. Solo una minoría poseía una mentalidad revolucionaria y esa minoría estaba reclutada sobre todo en sectores algo más altos de la estratificación social. Quizás la masa, o una gran parte de ella, tanto en Rusia como en China, Cuba y otros países del Tercer Mundo, estaba ya en una etapa intermedia de la movilización social, con resentimientos y odios contra las clases poseedoras, antes reprimidos, ahora a flor de piel, pero poca capacidad organizativa propia.

Gran parte del pueblo no estaba dispuesta a seguir a los notables locales, pero sí a minorías activas de cualquier origen social, con tal de que estuvieran, por una razón u otra, opuestas al orden existente. Esas minorías antisistema podían ser una clase media radicalizada, con más educación que posibilidades ocupacionales, como en las revoluciones nacionalistas populares de izquierda o comunistas; un clero acosado por reformas laicistas aceleradas, como en Irán; o militares nacionalistas como en el mundo árabe y otros países del Tercer Mundo y de América latina. En Francia, el sobrino del Gran Corso encajaba claramente en este elenco. En todos estos casos, la elite antagónica al orden establecido está simbolizada por un dirigente, llámese este Lenin, Mao, Castro, Jomeini, Vargas o Perón. Pero un análisis sociológico con un mínimo de realismo y de experiencia comparativa no puede aceptar que hayan sido estos personajes quienes crearon la elite revolucionaria, sino que al contrario, fueron las tensiones sociales existentes en determinados sectores de la pirámide social las que crearon a la elite anti statu quo. Dentro de ese sector emergió un jefe, cuya preeminencia posterior, relación directa líder-masa y a menudo culto a la personalidad, pueden hacer pensar que haya sido él quien creó el fenómeno revolucionario.

Marx pensaba que la crisis del sistema de dominación, que a su juicio existía de manera contundente, facilitaría la revolución social, sobre todo en Francia y en menor medida en otros países del continente. Llegó a la conclusión de que el sistema capitalista, en sus estertores finales, necesitaba apelar a un remedio radi-

cal, aunque peligroso, inventando o permitiendo que actuara libremente un líder que apelara a las masas, consiguiéndoles algunas reivindicaciones a expensas de la aristocracia y la burguesía, pero controlando a esas masas y desviándolas de sus supuestos objetivos socialistas. Este líder resultó ser Luis Napoleón, permanente aspirante al trono aunque muy capaz de adoptar un ropaje republicano.³³

Por cierto que Marx creía que esta estrategia iba a durar poco y terminaría en fracaso. Pero pensaba que el líder en su lucha por el poder habría despertado y movilizado al pueblo, facilitando que en un futuro este siguiera a dirigentes más genuinos. Esto no ocurrió y Luis Napoleón inició su marcha hacia el poder, tras consagrarse presidente por gran mayoría en elecciones limpias convocadas por sus adversarios a fines de 1848, por 5.400.000 votos contra 1.400.000 del republicano de derecha Louis-Eugène Cavaignac. Pero no tenía apoyo en la Asamblea legislativa, que había ya sido elegida meses antes y donde había una mayoría republicana o monárquica moderada.³⁴ Se inició entonces una pulseada entre un Legislativo liberal (con algunos elementos más de izquierda) y un Ejecutivo con tendencias autoritarias pero fuerte apoyo popular. Tres años después, en diciembre de 1851, Luis Napoleón dio un golpe de Estado y se proclamó emperador, lo que fue confirmado por un plebiscito. En esa ocasión obtuvo el apoyo de

33. B. Ménager (1988), *Les Napoléon du peuple*; L. Girard (1986), *Napoléon III*.

34. M. Agulhon (1983), *The Republican Experiment, 1848-1852*.

las clase altas, atemorizadas por las agitaciones populares preexistentes, y de un mayoritario sector popular, aunque reprimiendo el potencial revolucionario, que siempre existía y que años después estalló en la Comuna de París.

Es interesante rever los eventos durante los casi cuatro años de duración del régimen republicano (febrero de 1848 a diciembre de 1851). La primera crisis ocurrió en junio de 1848, cuando la izquierda socialista y comunista con apoyo obrero intentó una toma revolucionaria del poder, que fracasó porque los dirigentes radicales y socialdemócratas moderados se negaron a secundarla. Después de ese evento, buena parte de la opinión pública buscó un líder que pudiera mantener el orden, y Luis Napoleón fue esa persona, con algún apoyo de legitimistas y orleanistas, que lo consideraban el menor de los males. Con este contexto es que Luis Napoleón había vencido por gran diferencia en las elecciones presidenciales de diciembre de 1848, realizadas bajo el impacto de la conmoción de junio.

Ante la avalancha de votos por el candidato popular-autoritario, los sectores antinapoleónicos en la Asamblea buscaron limitar el volumen de la marea, estableciendo el requisito de haber residido por más de dos años en el distrito para votar, apuntado hacia radiar a los recientes migrantes rurales, que eran una parte importante del apoyo napoleónico. En mayo de 1850 se hizo otro intento en esa dirección, exigiendo, para votar, una residencia de tres años y pagar impuestos, algo que no hacían los más pobres. En esa ocasión el electorado se redujo de 9,6 a 6,8 millones. En sep-

tiembre de 1851, Luis Napoleón propuso anular esa ley que había restringido el derecho de voto, pero la Asamblea lo rechazó, por 355 contra 348 votos. La izquierda empezaba a simpatizar con él, pensando que la derecha era un enemigo mayor. Incluso el anarquista Proudhon pensaba que el bonapartismo era útil para terminar con el influjo que los notables locales tenían sobre las masas, que más tarde podrían actuar con más autonomía.³⁵

Hacia mediados de 1851 ya se hacía evidente que el presidente buscaría una reelección, lo que no era permitido por la Constitución. Para los opositores, entre ellos Alexis de Tocqueville, esto planteaba una grave disyuntiva. Tocqueville había tenido cargos ministeriales durante un corto período de colaboración de los monárquicos y republicanos moderados con Bonaparte, tras el intento comunista de junio de 1848, pero ahora era opositor. Sin embargo, en sus *Recuerdos* aclara que, aunque él se oponía a Bonaparte, estaba dispuesto a aceptar un cambio constitucional, hecho por la Asamblea, canalizando de manera legal lo que de todos modos era muy probable que el jefe del ejecutivo impusiera por la fuerza. Al fin y al cabo, era obvio que tenía gran apoyo

35. Proudhon afirma esto en *La Révolution sociale démontrée par le coup d'État du 2 décembre*, 1852, aunque más tarde consideró que eso había sido un error (Agulhon pp. 162 y 192). Bakunin, en cambio, aún tras la caída del régimen en 1870 tenía una actitud parecida de apoyo táctico. Véase Georges Cogniot, *Proudhon et la démagogie bonapartiste: un "socialiste" en coquetterie avec le pouvoir personnel*. Según Marx, el político liberal moderado François Guizot dijo que el golpe del 2 de diciembre fue "el triunfo completo y definitivo del socialismo" (*El 18 Brumario*, p. 215).

popular y bien se le podía conceder otro período en el poder legítimo. Sin embargo, la Asamblea no estuvo de acuerdo.

Entonces, en diciembre de 1851, Luis Napoleón dio, efectivamente, un golpe de Estado para permitir la reelección y lo convalidó por un plebiscito realizado con el voto universal masculino que al mismo tiempo restableció; otra consulta popular aprobó su proclamación como emperador.

Tocqueville, intentando explicar el fenómeno de la popularidad del sobrino del primer Napoleón, en sus *Recuerdos* observa que “la revolución industrial desde hacía treinta años había hecho de París la primera ciudad industrial de Francia y atraído a todo un nuevo pueblo de obreros, a los que [se] había añadido otro pueblo de campesinos sin recursos”. Durante el intento revolucionario de junio de 1848 dice que “el lugar se había llenado de funcionarios novicios, que hablaban todo tipo de *patois* (dialectos), pues París estaba lleno de campesinos llegados de todas las provincias”.³⁶ El mismo Marx decía en *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* que de treinta y seis millones de habitantes, en Francia había cuatro millones de “pobres”, a los que se debían sumar “cinco millones cuya existencia flota al borde del abismo y que o bien viven en el mismo campo o desertan constantemente, con sus harapos y sus hijos, del campo a las ciudades y de las ciudades al campo”.³⁷

36. Citas en el prefacio de F. Braudel, en Tocqueville (1978), *Souvenirs*, pp. 13 y 20.

37. K. Marx, *El 18 Brumario*, p. 219.

Este tipo de población será cada vez más importante en ciertas etapas de industrialización y concentración urbana. Era difícil involucrar a esa gente en actividades sindicales y asociativas de la clase obrera, pero de todos modos se creaba una “masa disponible”, del tipo que más tarde proliferaría en muchos países de la periferia. El bonapartismo fue en gran medida un antecedente del populismo y como tal ha sido considerado por muchos estudiosos marxistas. Se trataría de una variante más conservadora de los movimientos nacional-populares que prevalecieron en América latina y otras partes del Tercer Mundo un siglo más tarde.

Marx no hizo un análisis de los aspectos de la estructura social que estimularon la formación de una elite anti statu quo en los sectores altos de la pirámide, de la cual alguien surgiría como jefe. Lo central en estudiar estos fenómenos no es analizar las características personales o las ideas del líder, aun siendo ellas importantes, sino examinar el contexto social en el cual se genera la elite de la que surge. Se podría decir que Marx no elaboró un análisis “marxista” del surgimiento del bonapartismo. Se limitó a caricaturizar el fenómeno, sin ahorrarse insultos, diciendo que el grupo estaba formado por:

Libertinos arruinados, con equívocos medios de vida y de equívoca procedencia, junto a vástagos degenerados y aventureros de la burguesía, vagabundos licenciados de tropa, licenciados de presidio, [...] timadores, saltimbanquis, *lazzaroni*, carteristas y rateros, jugadores, *ma-*

quéreaux, dueños de burdeles, mozos de cuerda, escritorzueros, organilleros, traperos, afiladores, caldereros, mendigos; en una palabra, toda esa masa informe, difusa y errante que los franceses laman la *bohème*.³⁸

Quizás esto fuera porque estaba seguro de que el fenómeno sería de corta duración, destinado a entrar pronto en el basurero de la historia. Pero el hecho es que no analizó las fuerzas sociales que crearon ese grupo humano, propulsándolo a posiciones de poder.

Una aclaración de conceptos

Casos más recientes y más duraderos obligan a poner énfasis en los aspectos infraestructurales del surgimiento de la elite en cuestión, de la cual el jefe es un epifenómeno. Estoy consciente de que esta afirmación es un poco contraintuitiva, no solo debido al culto de la personalidad creado por partidarios, sino también por el encandilamiento sociológico de muchos analistas políticos y periodísticos, ya sea a favor o en contra del personaje. Pero ubicar al líder dentro de su contexto social, o sea de la elite de la cual emerge, es esencial para entender estos procesos, sin menospreciar ese —digamos— 10 o 15% de la variancia que depende de las dotes personales del líder, de quien tras su triunfo es fácil exaltar sus excepcionales virtudes, trátese de un Bolívar,

38. K. Marx, *ibid*, p. 191.

un Haya de la Torre, un Vargas, un Perón, un Nasser o un Jomeini.

Para estos fenómenos es mejor evitar el término “bonapartismo”, demasiado europeo-céntrico y ligado a una experiencia singular, y por eso uso el de movimiento nacional-popular. Para algunas variantes con mayor participación de clases altas, adopto el de cesarismo popular, que aunque también se refiere a un evento particular y transatlántico, es tan lejano y clásico que se puede usar para estar conscientes de las largas y antiguas experiencias de la comedia humana. De todos modos, no quiero discutir por nombres, ni dar excesivo peso a la definición exacta de cada palabra, para lo cual la realidad social no se presta. Así, pues, usaré el concepto de movimiento nacional-popular y en algunas ocasiones —que prefiero no proliferar— el más técnico de movilizacionismo. Este incluye una variante más conservadora y con más componentes de clase alta, el cesarismo popular, y otra más radical, el socialismo revolucionario. En el medio está la mayoría de los casos.